

nos de su remate en el mar debía cortar el promontorio. Esta primera línea se componía de las obras siguientes. A la vertiente del Tajo, cayendo por un lado aquellas alturas sobre sus márgenes á pico y remontándose hasta Sobral por el otro, formaban un espacio de cuatro ó cinco leguas de casi inaccesibles escarpas, bañadas en toda su extensión por el riachuelo de Arruda. Con barricadas armadas de cañones cortóse el camino entre la falda de estas alturas y el Tajo, por cuya orilla va hasta Lisboa. Desde allí y subiendo hasta Sobral se escarparon á mano de hombre todas las colinas ó ribazos que no ofrecían bastante difícil acceso. En las hondonadas de las torrenteras, que presentaban gargantas capaces de ser traspuestas no á mucha costa, se establecieron bien reductos ó bien terraplenes para cerrar todo el paso. Finalmente, en las mas empinadas cumbres, se construyeron fuertes armados con artillería de grueso calibre, flanqueándose unos á otros, y dominando á lo lejos las avenidas por donde pudieran asomar los franceses.

Una meseta habia en el mismo Sobral, que formaba el punto de partida entre las dos vertientes, y el menor relieve de aquel terreno suplióse con obras de la mayor fuerza, y aun sobre una altura, que se denomina Monte Agraza, edificóse una verdadera ciudadela, de la cual no hubiera sido posible triunfar sino al cabo de un sitio en regla. Mas allá empezaba la vertiente marítima por donde se extendía una nueva cadena de cumbres, prolongadas hasta el mar y bañadas por el Sizambro. Este riachuelo en sus recodos pasa por Torres-Vedras, de donde las líneas de que se trata recibieron su

inmortal nombre. Allí como por la parte de Alhandra, ora se escarparon á pico las laderas de las alturas, ora se cerraron las gargantas con terraplenes ó reductos, se coronaron y enlazaron unas á otras las cumbres con fuertes, y sobre todo se hizo casi impracticable el curso del Sizambro, construyendo en su lecho presas que atajaban las aguas y mantenían en toda estación los pantanos.

Entre las obras de fortificación las menos estaban abiertas por la gola y las mas cerradas. Todas tenían glasis de tierra, foso, escarpas de piedra seca, almacenes de madera para los víveres y municiones. Habíalas con seis bocas de fuego, y las habia con cincuenta desde el calibre de seis y de ocho hasta el de diez y seis y veinte y cuatro. Sobre cureñas de posición hallábanse todas montadas, de manera de no poder servir al enemigo en caso de movimiento retrógrado de una línea á otra. Todo el rico arsenal de Lisboa se habia vaciado para proporcionar aquella artillería, y todos los bueyes del país se habian empleado para transportarla á su puesto. Permanentes eran las guardaciones y á mil hombres ascendían algunas. Entre las diversas obras se practicaron fáciles y espaciosos caminos á fin de que pudieran llegar con extrema rapidez los refuerzos. Un sistema de señales, tomado del de la marina, pues el telégrafo estaba á la sazón en la infancia, podia comunicar en algunos minutos al centro de la línea la noticia exacta de lo que pasaba en las extremidades. A su misma entrada, es decir, frente por frente de Sobral, habia un campo de batalla preparado de antemano, adonde el ejército inglés pudiera acudir todo entero por la parte mas accesible y juntar

su fuerza propia á los mil fuegos de las obras circunvecinas. Naturalmente los portugueses fueron situados en las fortificaciones, y se les agregaron tres mil artilleros, tambien portugueses, muy instruidos en el ejercicio del cañon y buenos tiradores. Todo el ejército inglés y la parte del portugués mas disponible y mas selecta destinóse á los principales campamentos, hábilmente prevenidos en los supuestos puntos de ataque. Todo se habia preparado con el mayor esmero para que estuviese allí bien abrigado, bien alimentado, y para que pudiera compartir el tiempo entre el descanso y las maniobras.

El general Hill, que al retirarse echó por la orilla del Tajo, tomó posición detrás de las alturas de Alhandra: entre este punto y la meseta de enfrente de Sobral, establecióse el general Crawford: el general Picton, que siguió el camino del mar, fué á situarse junto á las márgenes del Sizambro y sobre las cumbres de la espalda hasta Torres-Vedras: el general Leith guardaba la entrada de este inmenso campo atrincherado, sosteniéndole las divisiones de Spencer, Cole, Campbell, que operaron su retirada por el camino del centro, y debian presentarse en masa, si el enemigo intentaba asaltar las líneas por la parte menos escarpada.

Habiendo pedido lord Wellington al marqués de la Romana que abandonara á Badajoz, cuya defensa importaba menos que la de las líneas de Torres-Vedras, y que fuera á juntarsele en Lisboa, éste le llevó cerca de ocho mil españoles, excelentes para el papel defensivo á que se les destinaba. Por consiguiente Wellington contaba á sus órdenes

treinta mil ingleses, mas de treinta mil portugueses y ocho mil españoles, setenta mil hombres en total de tropas regulares para defender estas posiciones; y ademas tenia milicias y una numerosa poblacion de paisanos, cuya manutencion costaba sin duda, pero que trabajaba sin cesar en nuevas construcciones de defensa.

Resta añadir que tres ó cuatro leguas detrás se desplegaba una segunda línea de obras, obstruyendo igualmente del Tajo al Océano el promontorio, en una longitud de siete á ocho leguas, dominada por las cimas de Mafra y Montachique, y accesible por un solo punto, el desfiladero de Bucellas, que se habia transformado en un verdadero mal paso para todo el que allí se metiera. Por último, detrás de esta segunda y formidable línea, á la misma extremidad del promontorio, se encontraba un postrer abrigo, especie de reducto consistente en un semicírculo de montañas escarpadas y erizadas de cañones, inabordable por el lado de tierra, y ofreciendo en su concavidad de cara al mar una recalada segura, donde toda la escuadra inglesa podia abrigarse. Suponiendo que las dos primeras líneas de obras fuesen tomadas, este último reducto se debia de mantener aun muchos dias, es decir, el tiempo necesario para embarcar las tropas y librarlas de un enemigo victorioso.

Tal era el sistema colosal de líneas defensivas, digno de la nacion que lo concibiera y del enemigo á cuyo poder se trataba de poner coto. Miles de operarios trabajaban allí mas de un año hacia bajo la direccion de ingenieros ingleses y la custodia de dos regimientos portugueses de línea. Casi rematado en la época de la entrada de los ingleses,

no lo estuvo del todo hasta algunos meses mas tarde, no contando menos de ciento cincuenta y dos reductos y cerca de setecientas bocas de fuego en batería. Menester fué dar por el pie á cincuenta mil olivos que con las cepas formaban la principal vegetacion de aquel suelo. Se pagó muy bien á los paisanos, cuyos brazos se ocuparon en esta tala, pero muy mal á los propietarios, cuyos árboles vinieron por tierra. A los ojos de los ingleses destrozár á Portugal no era nada, á tal de que se consiguiera disputárselo á los franceses, y así su protección le era mas dañosa que lo fuera nuestra invasion misma; y por lo que hace á la independencia no les dejáramos tampoco menos que la que lord Wellington les consentia.

Estas obras que acabamos de describir se habian á la derecha del Tajo. Tambien á la izquierda habia ejecutado algunos trabajos, bien que poco importantes, á pesar de las vivas instancias de la regencia portuguesa. Aun aqui se habia revelado en su cruel simplicidad la política militar del general británico. Al desembocar en el Océano el Tajo, se aproxima la orilla izquierda á la derecha y forma al aproximarse aquella entrada del río tan celebrada en las relaciones de los viajeros por su pintoresca perspectiva, y por la muchedumbre y belleza de los palacios que tiene en torno. Desde la margen izquierda se puede bombardear á Lisboa, incendiar el templo y el palacio de Belen, el palacio de Queluz, todos los edificios de la capital, y renovar así de mano de hombre los estragos del terremoto del último siglo. Mas poco ó nada despertaba la solicitud de lord Wellington este punto tan vulnerable. Sensible era sin duda

que se arrojaran bombas sobre la hermosa ciudad de Lisboa, pero, en su sentir, poco grave para la defensa del precioso promontorio de la margen derecha, desde donde podia tener en jaque el poder de Napoleon y provocar á un levantamiento general á las naciones europeas. De defender la orilla izquierda habiera necesidad de debilitarse por extremo á la orilla derecha, y á esto no se avenia á ningun precio. Verdad es que se le propuso construir en aquella orilla izquierda, entre Aldea Galega y Setubal un campo atrincherado, adonde fueran atraidas todas las poblaciones del Alentejo; pero lord Wellington las consideraba incapaces de defenderse, y en el caso, para él no dudoso, de que el campo fuera tomado, temia que resultara un trastorno moral entre los defensores de las líneas de Torres-Vedras. Ademas decia con mucho seso, que los franceses no tenían bastantes fuerzas en Andalucía para operar una invasion en el Alentejo; que si se presentaban allí seria para unirse hácia Abrantes al ejército del mariscal Massena, y encarnizarse en union de éste contra los defensores de Torres-Vedras: que de consiguiente ningun peligro formal corria Lisboa por aquel lado: que si le tocaban algunas balas no se le ocurría el remedio, y que era menester dejarle quieto y libre para ocuparse en una tarea ya muy difícil de suyo, la de defender la orilla derecha, de la cual dependia la salvación del Portugal y de la Europa. Sin embargo, para responder al clamoreo de los habitantes de la capital habia consentido en levantar algunas obras sobre las cimas de Almada, frente por frente de Lisboa, aunque bien seguro de que al primer ataque formal serian tomadas. Pero

todos los palacios de Lisboa no valian á sus ojos lo que un reducto de Torres-Vedras, y tenia razon militarmente hablando.

Apoyado asi lord Wellington sobre tres líneas de trincheras formidables, que defendia con setenta mil hombres y el numeroso paisanage alli refugiado, podia mirar con alguna seguridad al valiente ejército francés que tenia delante, aun cuando, segun todas las probabilidades, debierade aumentarse mucho. Asi consultado por su gobierno acerca de su situacion, en el mismo momento en que tomaba posicion tras de aquellas líneas, y acerca de la posibilidad de desprenderse de la flota de transporte, que por sí sola costaba á Inglaterra mas de 75.000,000 al año, respondió que se creia en perfecta seguridad sobre Torres-Vedras; que si absolutamente se queria despojarle de la flota de transporte, libre era el gobierno para efectuarlo, pues no se juzgaria perdido de resultas de tal providencia, mas que esto no seria conforme á las reglas de la cordura, pudiendo el ejército francés ser reforzado á la hora menos pensada, por tropas idas de Castilla la Vieja y por tropas destacadas de Andalucía; que si llegaba orden de París, el mariscal Massena daria el ataque, y ante semejante general y semejantes soldados, á pesar de todas las probabilidades, habia que guardarse de responder de las resultas; que asi, por costoso que fuera, se haria bien en dejarle la flota de transporte, aun cuando entendia no necesitar de ella. A la postre añadia, y esto honra su inteligencia política en alto grado, que lo verosímil era que no fuera socorrido Massena sino débilmente por Castilla la Vieja, y de ningun modo por Andalucía.

Tal era el obstáculo imprevisto que acababa de atajar el paso del general en jefe Massena y sus tropas. Nadie sospechaba la existencia de este obstáculo antes de haberlo visto, y aun despues de verlo, necesitóse un reconocimiento de muchos dias para avalorar toda su fuerza. Ya el cuerpo de Junot habia llegado sobre la meseta de Sobral desde el 12 de octubre: al dia siguiente, queriendo juzgar Massena de la posicion y de los intentos del enemigo, mandó que aquel cuerpo atacara el pueblo de Sobral, situado fuera de las líneas y casi junto á las fuentes de los dos riachuelos el Arruda y el Sizambro. Con brio disputaron el lugar los ingleses, bien que solo por el honor de las armas, pues no habia interés absoluto en defender mas que el recinto de las trincheras. Al cabo Junot quitóles á la bayoneta aquel punto, matándoles como doscientos hombres; pérdida á la cual se igualó poco mas ó menos la de nuestros soldados. Apenas dueños de Sobral y al querer desembocar mas adelante, un fuego violento partido de todas partes indicó la linea de obras enemigas, su fuerza y su enlace. Ya no podia caber duda sobre la existencia de un campo atrincherado, abarcando todo el promontorio de Lisboa de vertiente á vertiente, desde el desagüe del Arruda en el Tajo hasta el de Sizambro en el mar.

Antes de resolver Massena cosa alguna, hizo que sus tropas tomaran una posicion de expectativa. Junot permaneció en Sobral y colinas cercanas, frente por frente de las avanzadas inglesas: Reynier se estableció en Villa-Nova cerca del Tajo; Ney hácia Alenquer y por consiguiente á la espalda. No siendo obedecidos los ingleses á las

puertas de Lisboa como en las provincias del Norte, que ocupaban militarmente, y habiendo cruzado el pais á la carrera, no pudieron destruir ellos, ni hacer que destruyera el paisanage los recursos de esta provincia, una de las mas ricas del reino. De consiguiente habia para subsistir algunas semanas y tomarse tiempo de reflexionar antes de abrazar un partido sobre la conducta que se debia seguir por mas acertada. Massena se dedicó á reconocer en persona la posicion del enemigo á una y otra vertiente, y empleó muchos dias en practicar este reconocimiento por sus propios ojos. Hallándose el 16 de octubre bajo una de las baterias contrarias y observándola apoyado en la tapia de un jardin con un antejo, los oficiales ingleses, que distinguian muy en claro al mariscal ilustre, experimentaron á su vista un sentimiento digno de las naciones civilizadas, cuando se ven reducidas á la desventura de hacerse la guerra. Con descargar todos sus cañones podian acribillar á balazos al estado mayor del general en jefe, y aun probablemente dejar fuera de combate su persona: solo hicieron un disparo á fin de avisarle del peligro, y con tan buena punteria, que echaron abajo la tapia en donde apoyaba su antejo; Massena comprendió la cortés advertencia, saludó á la bateria, y montando de nuevo á caballo se colocó fuera de alcance. Despues de lo visto, sabia harto bien y sin ningun linage de duda, el valor de las vastas obras que tenia delante. Algunos paisanos cogidos en los alrededores, algunos individuos atraidos fuera de Lisboa por los oficiales portugueses que militaban á las órdenes de Massena, afirmaron unánimemente que detrás de aquella primera linea de

trincheras estaba la segunda, y por último, la tercera. armadas las tres con setecientas bocas de fuego, guardadas lo menos por setenta mil hombres de tropas regulares, sin contar las milicias y el paisanage allí refugiado. No era, pues, un simple campo atrincherado, cuyo ataque se pudiera hacer de repente con osadia, sino una serie de obstáculos de la naturaleza, cuya dificultad habia aumentado de un modo singular el arte, obstáculos enlazados ademas por fortificaciones cerradas la mayor parte á gola, imposibles de arrebatarse en un momento de arrojó, y no menos dificiles de caer por sorpresa, pues mientras los ingleses, gracias á los caminos que habian abierto y á las señales que habian establecido, podrian trasladarse en pocas horas de una á otra vertiente y reunir toda la masa de sus fuerzas en el punto atacado, á los franceses un accidente del terreno les estorbaba una maniobra de esta clase. Y á la verdad en la parte del promontorio ocupada por ellos separaba las dos vertientes una alta cumbre llamada Monte Junto, sin ningun camino, y no permitia que, fingiendo atacar la una, se fuera á atacar súbito la otra. Por necesidad á la misma vertiente en que se desplegaran nuestras tropas habrian de dar el ataque, y asi no podian dudar de hallar á los setenta mil hombres del ejército inglés juntos en su contra.

Bien considerado todo, la posicion pareció inatacable; á lo menos por entonces, y esto demuestra que no por energico dejaba Massena de ser prudente. De seguro nada hubiera convenido mas, tanto á su carácter como á su situacion, que una tentativa osada, cuyo feliz desenlace hubiera

terminado la guerra, pero tuvo el buen seso de comprender que, tentativa semejante, no presentaba suficientes eventualidades de triunfo para que debiera efectuarla, á la par que el mal suceso, muy probable, le exponia á una pérdida infalible. Mucho distaba á la sazón de tener los cincuenta mil hombres con que hizo en Portugal la entrada. Muertos ó heridos le habia costado cuatro mil quinientos el ataque de Busaco, y la marcha como dos mil entre enfermos y cogidos por los contrarios. Verdad es que los heridos levemente en Busaco se habian incorporado ya á sus tropas, y que no tardarian en imitarles, ya restablecidos, algunos de los que enfermaron en la marcha, y que cuando unos y otros acabaran de ingresar de nuevo en las filas, contaría verdaderamente en estado de pelear, unos cuarenta y cinco mil soldados. Tropas excelentes eran sin duda, capaces de emprenderlo todo. ¿Mas qué podian contra setenta mil enemigos, que en campo raso de seguro no les hicieran cara, pero que detrás de sus posiciones defensivas valian tanto como las mejores tropas del mundo? Para apoderarse de aquellas líneas fuera necesario tener de noventa á cien mil hombres, conducir veinte mil por la orilla izquierda del Tajo, y setenta ú ochenta mil, por la orilla derecha; acometer, no solo por las dos márgenes del rio, sino por las dos vertientes del promontorio situado á la derecha; turbar al enemigo con la simultaneidad de los ataques; obligarle á lo menos á dividirse; tomar, si era preciso, por asedios regulares algunas de las principales obras; escalar las otras; abrir así un agujero para forzar la entrada de la línea á fuerza de hombres, y ser bastante fuerte para no tener que te-

mer, en caso de descalabro, el día siguiente. Pero si Massena con cuarenta y cinco mil hombres, con la posesion de una sola orilla del Tajo, hubiera atacado las líneas y sacrificado diez mil hombres entre muertos y heridos sin fruto, según acontecería de positivo, ¿cómo reducido á treinta y cinco mil hombres pudiera á otro día retirarse ante un enemigo envalentonado por la victoria, persiguiéndole sin descanso por entre poblaciones furiosas y un país ya esquilado, sin hallar hora de respiro, ni un pedazo de pan siquiera? Probablemente perdiera casi todo su ejército antes de llegar otra vez á Almeida, y su campaña, que debiera de ser conquista, fuera un verdadero desastre. Añádase que Massena obligado á llevarlo consigo todo, así víveres como municiones, tenia aun bastantes de ellas para dar una batalla, mas para dos de ningún modo, y que, después de consumirlas delante de las líneas, no le quedara apenas con que defenderse en su retirada.

Sin vacilaciones habia, pues, que renunciar á atacar inmediatamente las líneas de Torres-Vedras, pero de que no fueran inmediatamente atacadas no se infería que no lo serian mas tarde, y que entretanto nada habia que hacer junto á las márgenes del Tajo entre Abrantes, Santarem y Alhandra. Ante todo, haciendo allí pie firme, se conseguia el primer efecto de tener bloqueados á los ingleses y en continuas perplejidades, de que no tardaria en participar su gobierno: si se les bloqueaba largo tiempo, se obtenia el segundo de privarles de subsistencias, no solo para ellos, sino para la inmensa poblacion de Lisboa, que no recibiendo de lo interior del país cosa alguna, habria de vivir de lo

que le llegara por mar, y pronto á precios tan exorbitantes, que hicieran la alimentacion del pueblo portugués imposible. Asi, por mucho desden que manifestara lord Wellington respecto de los movimientos populares, no alcanzaria á resistir á un pueblo hambriento que clamara por que se le alimentase ó se dejara el paso libre á los franceses, y abiertas á estos las puertas de Lisboa á la orilla izquierda del Tajo por el pueblo vencido del hambre, no tardaran en caer por sí mismas las líneas de Torres-Vedras. No dejaba, pues, de haber eventualidades favorables para nosotros en permanecer delante de las líneas inglesas, bien que bajo la principal condicion de estar largo tiempo, y de que al procurar reducir á los ingleses al hambre, no empezara esta á matarnos á nosotros. Se necesitaba indispensablemente que ocupáramos las dos márgenes del Tajo, á fin de obstruir para el enemigo todos los manantiales de abastecimiento, y de proporcionarnos todas las subsistencias de la fértil provincia del Alentejo, lo cual no era posible, si un fuerte destacamento del ejército de Andalucía, despues de tomar á Badajoz, no avanzaba por la orilla derecha del Tajo sobre Lisboa. Previamente habia que establecerse de una manera sólida junto al Tajo, entre Alhandra, Santarem y Abrantes; proporcionarse medios de vivir en estos puntos; echar un puente sobre el Tajo á fin de maniobrar por ambas riberas; noticiar á Napoleon la situacion exacta para que de Castilla la Vieja enviara todos los refuerzos que fuera posible, y ordenara que todo el ejército de Andalucía marchara sobre Lisboa; aguardar así el efecto de tales providencias, y cuando llegaran los auxi-

lios, tentar con fuerzas considerables un ataque furioso á las líneas inglesas, dado que el bloqueo no hubiera sido bastante á causar su caída.

Situado Massena á quinientas leguas de París, y á cien leguas de Salamanca, en un pais horroroso, entre poblaciones feroces, con las comunicaciones tan interceptadas que no habia recibido un solo pliego desde su partida de Almeida, sin medios seguros de subsistencia, detenido ante un obstáculo que se reputaba casi insuperable, y no pudiendo ir mas allá en busca del enemigo, al paso que este á cada instante se le podia venir encima con fuerzas superiores, no se turbó por nada, impuso á todos la resolucion que tenia en la mente, dedicóse, á pesar de que sus lugartenientes hablaban aun de retirarse, á persuadir á todo el ejército de la necesidad de saber obrar con paciencia, de perseverar donde se estaba, de aguardar los refuerzos cuya llegada no tardaria, y de que, lejos de considerar las líneas como invencibles, aprestaran su valor á embestirlas, tan luego como hubiera el número suficiente de soldados y la cantidad necesaria de municiones para lanzarse á ellas con probabilidades de victoria.

Su primer cuidado fué elegir un campo de batalla para el caso en que llegaran á atacarle los ingleses. Siempre Junot se hallaba expuesto en Sobral á una acometida del enemigo, y así Massena le trazó su línea de retirada hácia las colinas de Aveiras, situadas á la espalda, sobre las cuales Ney se encontraba ya establecido, y á donde Reynier podia acudir prontamente, con lo que, reconcentrando el ejército entero en pocas horas, se hallaria en disposicion de escarmentar á los contra-

rios, si osaban tomar la ofensiva. Hecho esto se puso á buscar subsistencias.

A la parte del Tajo ocupada por los franceses era Santarem la ciudad de mas importancia. Abandonada la hallaron y medio destruida, y los soldados hambrientos aumentaron aun mas los destrozos del enemigo. Con el fin de ponerlos coto envió allí Massena al administrador principal del ejército, y á Eblé, general de su artillería. Después de algunas investigaciones reconocióse que en lo interior de Santarem quedaban aun recursos de bastante monta; que los habia en las aldeas circunvecinas, y que, recogiéndo los con cuidado y distribuyéndolos con orden, se podrian mantener durante algun tiempo las tropas. Allí se estableció un hospital para dos ó tres mil enfermos, y en muebles, camas y ropa blanca se juntó con que proveer este hospital de todo lo necesario. Además se descubrieron otros comestibles con que los portugueses tenian costumbre de alimentarse, tales como tocino, pescado salado, aceite, legumbres secas, azúcar, café, rom, vinos excelentes. Defuera se reunió algo de trigo, mucho maiz, y en las islas del Tajo no pequeña cantidad de ganado. También en las pequeñas islas cercanas habia provisiones, que los ingleses no tuvieron poder ni tiempo de hacer que fueran destruidas. Solo estaban del todo arruinados los molinos, y aun su mecanismo sencillísimo se hallaba mas bien dislocado que destrozado. Entre los soldados de artillería y de ingenieros habia operarios que, aun cuando hubieran dejado de mucho tiempo atrás su oficio, estaban dispuestos á ejecutarlo á medida de las necesidades de las tropas. Con su ayuda el ge-

neral Eblé pudo reparar los molinos y moler en breve cuantos granos fueron hallados. Ya desde entonces se hicieron distribuciones regulares, y dispuso Massena que se formara en cada cuerpo un abastecimiento de reserva con lo que sobrara del cotidiano. Desde Santarem subiendo hácia el Zezere y hácia Abrantes, se extiende la rica llanura de Gólgao, por donde el cuerpo de Ney se habia ya derramado, y donde habia certidumbre de proporcionarse grandes recursos. Se empezó, pues, á no padecer inquietudes relativamente á subsistencias, y á pesar del pan de maiz que no tenian costumbre de comer nuestros soldados, la abundancia de carne, de pescado salado, de vino, de azúcar, de café, de licores, les hacia soportable la vida. Solo carecian de zapatos, mas por fortuna en Santarem se encontró cuero, y bien ó mal se pudo componer el calzado. A esta márgen del rio apenas quedaban en villas y aldeas algunos cientos de habitantes. Se vivia de cuanto habian abandonado los otros.

Massena hubiera querido que la administracion central del ejército recogiera estos recursos y los administrara en interés comun de las tropas, mas se alzaba un clamor general contra esta administracion cual si fuera culpable de las privaciones padecidas. Hubo, pues, que dejar que se administrara de por sí cada cuerpo, ya bajo la direccion de su general, ya bajo la de su gefe de estado mayor; y cada cual por consecuencia se arregló lo mejor que pudo, segun los lugares y las circunstancias. Con todo, la mayor dificultad del momento no provenia de las subsistencias. Antes de mucho, ora para bloquear á Lisboa por ambas



orillas, ora para abrirse el Alentejo, ora para dar la mano al ejército de Andalucía si llegaba en ayuda, ora, en fin, para tomar la importante ciudad de Abrantes, por mas arriba ó mas abajo de esta ciudad era preciso pasar el Tajo. En esta operacion capital habia que poner la mira y faltaban trenes de puentes, sin los cuales no se podía llevar á cabo. Por todo recurso, halláronse dos barcas en Santarem, por haber destruido el enemigo ó llevádose las demas. Y se necesitaban muchas, pues el Tajo (desigual como el Loira en Francia, como todas las vias fluviales que no nacen en montañas nevosas, y que debiendo su raudal á las lluvias se muestran alternativamente mermadas de aguas ó torrentosas) subia ó bajaba por veces muchos pies y para abarcar toda su anchura se necesitaban no menos de cien grandes barcas. Tambien el Zezere, que alli se junta y nos separaba de la no pequeña poblacion de Punhete y de la ciudad de Abrantes, merecia que se le echara un puente, sobre todo para abrirse el camino de Castel-Blanco, uno de los que permitian comunicarse con la frontera de España. Se necesitaban ciento veinte barcas para estos dos puentes.

A pesar de su habilidad suma se le acababan de ir de las manos al general Montbrun veinte y cinco grandes barcas de una isla cerca de Chamusca, por lo que para proporcionárselas en el país no quedaba ya arbitrio. Eblé, antiguo general de artillería, distinguido no menos por su alta inteligencia que por su adhesión y actividad ilimitadas, se encargó de construir barcas siempre que se le dieran operarios. Fraguas habia en Santarem, hierro que se podía sacar de las demolicio-

nes y hasta madera; pero herramienta se contaba muy poca. Despues de reunir Eblé los operarios de la artillería, les hizo fabricar hachas, sierras y martillos: luego dispuso que se echaran abajo casas á fin de tener madera, bien que de la obtenida por tal medio no se podian sacar gruesas tablas. Habiéndose descubierto á corta distancia de Santarem un bosque bastante bueno, se cortaron alli árboles que se trasladaron á la ciudad colocando uno de sus extremos encima del juego delantero de la cureña de los cañones y arrastrándolos de esta suerte. Por desgracia con trabajo tan fatigoso se gastaban los hombres y los caballos. Y costaba no poco hallar operarios, pues solo se vivia medianamente en lo interior de los cuerpos, donde el merodeo estaba regularmente organizado. Para todos trabajaban los soldados en los talleres, y no saliendo al merodeo, se exponian á carecer de lo necesario. Asi iban de mal grado á los talleres de Santarem y se escapaban de ellos tan luego como tenian coyuntura. Castigarlos ligeramente no produjera ningun fruto, y para castigarlos con severidad nadie tenia corazon en la posicion en que se estaba: aun quedaba el recurso de pagarlos, pero se carecia de dinero. Massena echó un guante entre los oficiales, quienes escotaron para anticipar 20 ó 25,000 francos á la caja del ejército, y gracias á estos esfuerzos comenzaron las construcciones, y no se desesperó de poseer pronto los medios para cruzar el Tajo.

Mientras bajo la direccion del general Eblé se trabajaba con este objeto, se quiso extender Massena hasta Punhete y Abrantes, lisonjeándose de hallar alli grandes recursos. Con efecto, Loisson